



BRINDIS.

Á LA SEÑORITA EMILIA C * * *

Bien hayas eternamente,
Bien hayas, hermosa Emilia,
Melancólica azucena
Del desierto de la vida ;
Siempre llena de fragancia,
De ternura y ambrosia.
Son ¡ ay ! tus ojos divinos
Y tus lánguidas sonrisas,
Amorosas esperanzas
Y confusas profecias
De un mundo de amor eterno,
Con que sueña el alma mia.
Por tí levanta el poeta
Una plegaria infinita,
Y en sus éxtasis mas tiernos
Un brindis sin fin te envia !



A LA MEMORIA DE M. C.

Dejando atrás una sombra
De eterna melancolía,
Va cruzando el alma mia
La infinita soledad !
¡ Qué silencio tan doliente !
Qué tristeza ! qué misterio !
Un inmenso cementerio
Parece la inmensidad !

Solo estoy sobre la tierra
Solo estoy en el vacio,
Melancólico y sombrío,
Está todo junto á mí.
Tambien las sombras divinas
De mi amor se han disipado,
Estoy solo y olvidado
Como un cadáver aquí !

Solo escucho allá entre sueños,
Y en vaiven intermitente
Vaga música doliente
Que traspasa el corazon !

Suspiro de una ternura
Tan dolorosa y tan suave,
Que en los límites no cabe
De la humana percepcion !

Obscuras remiscencias
Del estruendo de otro mundo
Que aun retumba en lo profundo
De mi amorosa ansiedad !

Dolorosa melodía,
Moribunda, tierna y santa,
Que llorando se levanta
Con la tristeza sombría
De la negra eternidad !

Y á pesar de tan profunda
Desolacion y abandono,
Y á pesar del negro encono
De tan intenso dolor,

Llevo siempre en mis entrañas,
Venciendo sombras mortuorias,
Las carísimas memorias
De los seres de mi amor.

Porque nunca, nunca olvida
El infeliz peregrino
Los seres que en su camino
Cariñosos encontró.

Nunca olvida el desterrado
La familia hospitalaria
Que su mísera plegaria
Enternecida escuchó !

Espíritu afortunado
Que en dichosa paz habitas
Las regiones infinitas
De la eterna juventud,

Yo te ofrezco un sentimiento
Melancólico y profundo
Al son vago y moribundo
De mi cansado laud !

Bien sabes que yo te amaba
Con esa ternura intensa
Que se estiende allá en la inmensa
Misteriosa idealidad.

Bien sabes que mis afectos
Tiernos, fúnebres y ocultos,
Son melancólicos cultos
De triste sublimidad !

Nosotros los que tenemos
Amoroso el pensamiento,
Borrascoso el sentimiento
Y la esperanza inmortal,

Nosotros ¡ángel del alma !
Queremos muy tiernamente,
Aunque siempre es muy doliente
Nuestra ternura fatal.

Cuando recuerdo tus gracias,
 Cuando en tus caricias pienso,
 Místicas ondas de incienso
 Perfuman mi corazón.

Tu figura deliciosa,
 Virginal y transparente
 Resplandece allá en mi mente,
 Cual seráfica vision.

Era tu frente espaciosa,
 Cual las virtudes augusta,
 Tu espresion era robusta,
 Tu forma esbelta y gentil.
 Yo miraba la elegancia
 De tu simpático aspecto,
 Como el tipo mas perfecto
 De la belleza infantil.

De tus dulcísimos ojos
 En la clara transparencia
 Brillaba la floescencia
 De la suprema beldad.

Cuando alegre sonreías,
 Yo contemplaba en tu frente
 La imágen mas esplendente
 De la infinita bondad.

Antes de verte en la tierra
 Habia visto yo algun día
 En gloriosa profecia
 Tu hermosura original.

Te habia visto en sus visiones,
 Mas románticas el alma
 A la sombra de la palma
 De mi pasion inmortal.

Tú tambien en tu inocencia
 Por instinto comprendias,
 Las profundas simpatías
 Que me ligaban á tí ;
 Y por eso me mirabas
 Con suavísima dulzura
 Y con fé sencilla y pura
 Te abandonabas á mí.

A veces me deleitaba,
 Contemplando tu alegría ;
 Mas luego me entristecia,
 Pensando en tu porvenir ;
 Pues me enseñó la desgracia,
 De la vida en el camino,
 Que es nuestro amargo destino
 Nacer, llorar y morir !!

Yo tambien he naufragado
 En los horribles desiertos
 Del negro mar de los muertos
 Con mi afliccion funeral.

Me he perdido en ese caos
 Donde se pierden fugaces
 Los arranques mas audaces
 Del espíritu inmortal.

Allí están las almas grandes
De los siglos que pasaron,
Que allí también naufragaron
Con su seráfico ardor.

Allí cantan sus amores
En santas y eternas odas:
Allí celebran sus bodas
Los mártires del amor!

El tiempo duerme tendido
Sobre la faz del abismo,
Y en funesto parasismo
Las edades allí están.

Se pierde allí de los géneos
El mas poderoso grito,
Cual se pierde en lo infinito
El mas soberbio huracan!

Por mas que mediten todas
Las grandes inteligencias,
Por mas que avancen las ciencias,
En los siglos porvenir,

No rasgarán el misterio
Melancólico y sombrío
De ese infinito vacío
Donde todo vá á morir!!



A * * *

He cumplido vuestro encargo con una satisfacción dolorosa. Ahí van, pues, mis pobres versos. Por ellos comprendereis cuán flaca es la voz humana cuando se atreve á parodiar en la tierra las sagradas melodias de los ángeles.

Dispensadme de asistir á esa ceremonia que me inspira no sé que horror fúnebre y permitidme que os consigne aquí un sentimiento profundamente cariñoso y triste.

FERNANDO VELARDE.

Dichosa la vírgen casta
Que el triste mundo abandona
Por la espléndida corona
De la eterna santidad.

Mil veces feliz la hermosa,
Que mientras vírgen florece,
Cual hostia blanca, se ofrece
A la supremá beldad.

El Espíritu divino
Te sublima ardientemente,
Y resplandece en tu frente
La sagrada inspiracion.

Tú gozarás del Esposo
Las suavísimas caricias,
Tú gozarás las delicias
De la mística Sion.

Aspirarás los aromas
Del magnífico incensario
Qué perfuma el gran santuario
De la cumbre celestial.

Tus horas irán tranquilas
Resbalando eternamente
En la órbita esplendente
De la esperanza inmortal.

En los deliquios sagrados
De tus santas ilusiones
Sentirás las vibraciones
Del seráfico laud.

Comprenderás los misterios
De las santísimas ciencias,
Y las suaves complacencias
Del amor en la virtud.

Adios! purísima esposa
Del mejor de los esposos,
Que te acaricien gloriosos
Los espíritus del bien!
Bien haya la mas fragante
De las blancas azucenas!
Que te iluminen serenas
Las auroras del Eden!

En la tristeza mas santa
De tu plegaria mas pura
No olvides la desventura
De tu doliente cantor.

Y consagra alguna ofrenda
Al Ser inmenso y divino,
Por el pobre peregrino
De los valles del dolor.





RECUERDOS.

AL SR. D. MANUEL ARZÚ EN PRENDA DE GRATITUD.

Cuándo rompes, alma mia,
La vil cárcel que te encierra,
Cuándo dejas de la tierra
La mefítica prision?
Cuándo cesan tus furores,
Cuándo cesan tus latidos,
Tu ansiedad y tus gemidos,
Turbulento corazon?

Ave triste y melodiosa
De otras playas y otros mares,
Nadie escucha tus cantares,
Nadie entiende aquí tu afan.

Desgraciado peregrino,
Deja, deja estas riberas,
Cual las aves pasajeras,
Que se quejan... y se van!

Por qué cantas, por qué lloras,
 En tan lóbrego desierto?
 ¡El Universo está muerto,
 Y tú agonizas de amor!
 Solo responde á tus cantos
 La huracánica tormenta,
 Que en los trópicos revienta
 Con espantoso fragor.

Los hombres ¡ay! te escarnecen
 Y á tus himnos de entusiasmo
 Responden con el sarcasmo
 Que envenena el corazón.

Mas qué importan ¡miserables!
 Vuestros dicterios malditos?
 Ególatras parasitos,
 Qué importa vuestra irrisión?

El ciego de nacimiento
 No concibe los colores.
 Jamás tuvisteis amores,
 No los podeis concebir.

No trocara yo, aunque sufro,
 Por vuestra indolente calma,
 Las borrascas de mi alma
 Que se lanza al porvenir.

Quién sabe si alguna hermosa,
 Cuando escucha mis cantares,
 Comparte de mis pesares
 Dulces lágrimas de amor.

Quién sabe, si al ver en ellos
 Sus ocultos pensamientos,
 Tiene gratos sentimientos
 Y bendice al trovador.

Sublimes inteligencias,
 Deidades del pensamiento,
 Que sentís lo que yo siento
 Y en otro mundo esperais;
 Yo no dudo que vosotras,
 Cuando escuchéis mis canciones,
 Comprendais mis ilusiones
 Y también las compartais.

Las almas grandes y ardientes,
 Desde antípodas regiones,
 En latentes vibraciones
 Traspasan la inmensidad;
 Y armoniosas se confunden
 En sublimes pensamientos,
 En divinos sentimientos,
 En misteriosa hermandad.

Memorias de otra existencia,
 Fugaces exhalaciones,
 Peregrinas concepciones,
 De perfecta beatitud.

Vagas músicas del alma,
 Que fluctais en lo infinito,
 Cuando en vosotras medito,
 Florece mi juventud!

¡Oh invisibles, melodiosas
Y melancólicas hadas,
De entusiasmo arrebatadas,
Desfallecidas de amor!

¡Oh qué afán tan doloroso
Vuestros cánticos inspiran
A los los tristes que suspiran
En los valles del dolor!

Mi pensamiento inflamado,
Como el sol en el Oriente,
Ilumina ardentemente,
Mi amorosa juventud.

Y del fondo del sepulcro
Mil fantasmas se levantan,
Que sollozan y que cantan
Al compás de mi laud.

¡Oh qué hermosa es la existencia
En el alba y en la aurora!
¡Oh qué alegre y seductora,
Cuando crece en flor la edad!

El sentimiento amoroso,
Sin el áspid del criterio,
Es un divino misterio,
Que llena la eternidad!

El alma se desvanece,
Cual blanca nube de incienso,
Cuando en éxtasis intenso
Recuerda mi corazón

Aquellas claras auroras
En que exhalaba mi infancia,
Beldad, música y fragancia
Y entusiasmo y bendición.

Quién pudiera recobrarte,
¡Oh dulcísima inocencia!
Con tu hermosa refulgencia
Y tu azul esplendidez.

Quién pudiera, como el fénix,*
Renacer á aquellos días
De divinas alegrías,
Y amantísima embriaguez!

Entonces el alma virgen,
Con su gracia y su delirio,
Perfumaba como un lirio
La mas yerma soledad.

En sus fantásticos sueños,
Mi pensamiento indeciso,
Levantaba un paraíso
En la azul inmensidad.

Mi memoria entonces blanca
Como el disco de la Luna,
De mi próspera fortuna
Reflejaba el resplandor.

Y en su vaga transparencia
Bañados de luz veía
Los sueños de mi alegría,
Los fantasmas de mi amor.

(*) Era el símbolo de la resurrección entre los antiguos.

El estruendo de la gloria
Inflamaba mi entusiasmo.....
Qué me importaba el sarcasmo
De la vil perversidad !

Yo atravesaba triunfante,
Con mis mágicas quimeras,
Las armónicas esferas
De la inmensa idealidad.

La vírgen vaporosa
De los valles de la infancia
Con su mística fragancia
Me embriagaba el corazon ;
Y en mis horas solitarias,
De tenura y de tristeza,
Yo soñaba en su belleza
Y exhalaba una oracion.

Yo adoraba una doncella,
Virginal y floreciente,
Meditabunda y doliente,
De pasion y de virtud.
Yo contemplaba en silencio
Su duleísimo semblante
Luminoso y fulgurante
De hermosura y juventud.

¡ Oh que suave y melodiosa
Y melancólica estaba,
Cuando el amor nos hablaba
De otros mundos á los dos !

En su faz resplandecía
Gloriosamente su alma,
Con el iris y la palma
De las vírgenes de Dios !

La inocencia coronaba
Sus encantos virginales
Con las rosas inmortales
De la pureza ideal.

Pero en sus nérvios ardía,
Como un rayo, el magnetismo
Que fecunda el grande abismo
De la vida universal.

Cuando pálido y confuso
La miraba y me miraba,
Su semblante se abrasaba
Con el fuego del pudor.

Mas despues, desfalleciendo
De voluptuosa alegría,
Su dulce boca entreabría,
Como el cáliz de una flor.

Trémulos de amor sus lábios
Hácia mí se dilataban,
Y á morir me convidaban
En un deliquio inmortal.

El alba de la pureza
Su talle esbelto ceñía
Y en pliegues blondos caía
Vaporosa y virginal.....

Qué me importaban entonces
De los hombres la perfidia,
Los aplausos ó la envidia,
Las lisonjas ó el baldon ?

Orgullosa y satisfecho
Con mi propio sentimiento,
Le bastaba al pensamiento
Su genial inspiracion.

Era una noche de Estío,
De brisas y Luna llena,
Transparente, azul, serena,
Sublime noche de paz.

Las almas enamoradas
De ternura se morian,
Y cantaban y gemian
En son doliente y fugaz.

La Luna reverberaba
En los mares del Oriente,
Y en su lánguida, esplendente,
Melancólica ascension

Sobre el fondo cristalino
De los cielos parecía
De una etérea melodía,
Sideral condensacion.

Entonces la esposa vírgen
De mi primer sentimiento,
Contemplaba el firmamento
Muriendo de amor tambien.

Plácidamente inspirada,
Levantó su voz profunda,
Melodiosa y vagabunda
Como el misterio del bien.

Vibraron las armonías
De aquellos valles sombríos,
Y los mares y los ríos
A su acento virginal,

Que, llenando los espacios,
Dominaba y presidía
La doliente sinfonía
Del amor universal.

¡ Oh que noche tan sublime !
Amor, juventud, fortuna,
El firmamento, la Luna,
Los mares, la inmensidad !.....

Aquella vaga, doliente
Y amorosa melodía,
Un suspiro parecía
De la obscura eternidad !

¡ Oh qué magnífica y bella
Era entonces mi existencia,
En brazos de la inocencia
Dormitaba mi razon !

Mi pensamiento era vago,
Mis ensueños eran de oro,
Y era un órgano sonoro
Mi inflamado corazón.

Qué me importaba este mundo
 Con sus farsas ó sus leyes,
 Sus tribunos ó sus reyes
 Y su eterna esclavitud.

Impetuoso y turbulento,
 Cual los cantábricos mares,
 Entonaba mis cantares
 Al compás de mi laud.

Sin embargo, ya sentía
 De mi alma en el abismo,
 Del eterno antagonismo
 La eterna contradicción.

Faltaba á mi venturanza
 La unidad del sentimiento,
 Faltaba á mi pensamiento
 La beatífica vision.

Por eso en mis sensaciones
 Mas recónditas había
 Secreta melancolía,
 Inexplicable ansiedad.

Y en medio de los deleites
 De mi próspera fortuna,
 Me gustaba de la Luna
 La tristísima beldad.

Siempre el Sol resplandeciente
 Ha ofendido mis pupilas :
 Me gustan nieblas tranquilas,
 Para poder meditar.

Dadme sombras... dadme el caos...
 El cielo... el infierno... todo...
 Para poder á mi modo
 Un universo formar !

